

# La nueva, vieja película electoral

SERGIO SARMIENTO



AS ELECCIONES de 1994 son, para muchos mexicanos, como una de esas viejas películas que se exhiben constantemente en televisión. Las hemos visto muchas veces y conocemos de memoria cada recoveco de la trama. Ese al tedio, sin embargo, nos cuesta trabajo despegar los ojos de la pantalla iluminada: como si esperaríamos que, súbitamente, los personajes pudiesen adquirir vida propia y ofrecieran un nuevo desenlace a la historia tantas veces repetida.

El sistema político nos tendrá que perdonar a los mexicanos el escepticismo con el cual nos acercamos a esta elección. Incluso en países con tradiciones democráticas largamente establecidas, los procesos políticos llegan a parecer una farsa a ojos de grandes sectores de la población. ¿Qué podemos esperar en México con la experiencia heredada?

Es cierto que hay razones para pensar que las elecciones de 1994 pueden ser distintas a todas las anteriores. No es simplemente cuestión de buena fe. El sistema ha sido transformado de manera radical, aun cuando mucha gente no se percate de cuán diferente es ahora.

Los fraudes electorales eran posibles en el pasado por dos factores. En primer lugar, por el control que tenía el Partido Revolucionario Institucional (PRI), a través de un complejo y extendido sistema corporativo, para presionar a los ciudadanos y adulterar los resultados casilla por casilla. Y, en segundo lugar, por la automática mayoría en los órganos de conducción y calificación de las elecciones.

Sería iluso afirmar que el sistema corporativo priista ha desaparecido. Este sigue ejerciendo su fuerza en muchas regiones del país, y especialmente en las zonas rurales. La capacidad de presionar y adulterar, sin embargo, se ha diluido.

Al surgir partidos políticos de oposición cada vez más organizados, la gente cuenta ya con opciones políticas a las cuales acudir en caso de tener un conflicto que no le resuelvan las instancias priistas. Si el PRI fracasa en su papel de mediador, como ha ocurrido con creciente frecuencia en conflictos locales en los últimos años, hay ahora muchos otros partidos y organizaciones no gubernamentales deseosos de llenar el hueco.

La capacidad de adulterar las votaciones en las casillas se ha visto mermada por la introducción de algunos instrumentos tan sencillos como pueden ser las urnas transparentes o tan complejos y caros como la emisión de 47 millones de credenciales de elector con fotografía.

Tan importante, o quizá más, ha sido la transformación de los órganos de conducción y de calificación de las elecciones. Merece especial atención la creación de un consejo general del Instituto Federal Electoral compuesto no por políticos designados por los partidos sino por respetados personajes del mundo intelectual. El mayoriteo del partido gobernante, incluso ante quejas patentemente válidas, no resulta ya posible.

Por otra parte, un nuevo padrón electoral ha sido elaborado con el propósito de eliminar las incontables irregularidades que se habían heredado de los anteriores. El padrón ha sido sometido a varias auditorias y un consejo técnico, formado nuevamente no por políticos sino por actuarios y matemáticos de reconocida integridad, le ha dado su aval.

¿Significa todo esto que en México viviremos por primera vez elecciones limpias? Todavía es aventurado afirmarlo. Estamos entrando a los comicios con un sistema nuevo. Todo parece indicar que es mejor que los que se tenían con anterioridad, pero no ha enfrentado todavía la prueba de fuego que es la realización de comicios que consigan credibilidad general.

El equipo de Fernando Bazúa en el Centro de Estudios sobre Problemas Políticos, A.C., demostró la facilidad con la cual una persona puede obtener distintas credenciales de elector. Esto no comprueba la seguridad de un fraude, pero sí sugiere su posibilidad. Debe suponerse, sin embargo, que aun si hay un número significativo de personas que hayan obtenido credenciales duplicadas por razones dolosas, el empleo de tinta indeleble para marcar el pulgar de los votantes impedirá que esto se traduzca en un fraude de proporciones tales que cambie el curso de la elección.

Independientemente de la legalidad del proceso, resulta claro ya, por los resultados de los sondeos de opinión, que quienquiera que gane no contará con una mayoría absoluta en el Congreso, cuando menos no en la Cámara de Diputados. Esto puede cambiar las reglas futuras del juego político.

El presidente en México se ha convertido en un emperador sexenal no porque la Constitución le otorgue prerrogativas ausentes en otros sistemas presidencialistas, sino porque el control ejercido sobre el Congreso a través de una férrea disciplina de partido ha impedido el surgimiento de fuerzas políticas suficientemente fuertes para enfrentar la voluntad presidencial.

Un presidente que tenga que gobernar por medio de acuerdos con partidos de oposición perderá buena parte de los poderes extraordinarios con los hasta ahora ha contado.

Esta situación generará problemas. Un mandatario que tenga que negociar constantemente, incluso para la aprobación legislativa de iniciativas menores, tendrá un enorme desgaste político y carecerá de la fuerza necesaria para realizar reformas profundas. El equilibrio del poder legislativo puede impedir también los excesos en el poder presidencial que han caracterizado a nuestro sistema a todo lo largo de su historia.

Conforme nos acercamos a los comicios del 21 de agosto, en este ambiente de incertidumbre que ha agobiado al país a todo lo largo de este año, vale la pena entender que no habrá milagros. No es sólo el hecho de que los vicios del sistema político sean tan profundos que, a la hora de la verdad, bien

pueda ser imposible la realización de comicios absolutamente limpios, sino el que la democracia está creando expectativas que trascienden con mucho las posibilidades reales del sistema. Si efectivamente logramos tener esa democracia que tanto alabamos, bien pronto podría surgir una gran decepción.

Quizá lo importante, sin embargo, sea el hecho de que a estas alturas del juego ya nos deberíamos haber dado cuenta de que la película que estamos viendo no es la misma. Se parece a las del pasado, tiene diálogos similares y muchas de sus escenas parecen calcadas de otras que hemos visto. Pero el estilo de la realización es otro y debemos suponer que el desenlace será distinto. ✽

